

Beatriz Rivas
Lo que no he dicho



¡Está temblando! Un romance a escondidas. Un departamento en la colonia Roma. Los objetos se desploman, las paredes se agrietan. «¿Moriremos?» La escala de Richter es alta y la fatalidad, también. Gritos. El pavor crece y se quiebra; de las fisuras manan los recuerdos de ella que, aterrorizada, espera la caída. Como destellos de vida, se dispara el recuento final de una historia hecha de tantas otras. Se desprenden los mosaicos de sus vivencias, amoríos, viajes, infancia feliz... ¿o remendada? Matrimonios, divorcios, una hija sabia, genial y entrañable. ¿Existen los recuerdos o son visiones desesperadas de un aquí que se derrumba? El pecado de omisión y la culpa taladran la memoria de esta enamoradiza agnóstica, mientras crujen las entrañas de la tierra. El desafío que tiene por delante consistirá en contarle todo a riesgo de que solo las piedras y el polvo la escuchan.

En esta íntima y emotiva novela, Beatriz Rivas compone un collage de confesiones, pensamientos, desahogos, manías, banalidades y fantasmas que se entrelazan entre hondos cuestionamientos. Un rompecabezas para los voyeristas del alma donde se unen placeres y heridas; un caleidoscopio de voces que gira concéntrico y revelador. *Lo que no he dicho* es una expiación a la velocidad del miedo...

Índice de contenido

Cubierta

Lo que no he dicho

La vida transcurre sin ensayos

Memoria

Antes

Lagartija

Enumeración

Fisura

Aeropuertos

Cucurrucucú

Imaginerías

Sueños

Embarazo

Antes de antes

Imaginerías

El muerto

Fisura

Antes

Filosofando

Islandia

Antes de antes

Imaginerías

Antes

Imaginerías

Antes

Imaginerías

París

Antes de antes

Eso de la felicidad...

Fisura

Antes de antes

París

Reencarnar

Despegues y aterrizajes

Milagros

Fecha de caducidad

Dos volcanes

Libros

París

Antes de antes

Fisura

Imaginerías

De infidelidades

Diálogo con la que fui

Confieso que he robado

París

Whisky y mezcal

Imaginerías

Olvidos

¿Qué hubiera pasado si...?

Antes de antes

Si tu m'aime...

La última vez

París

Fisura

Antes

Desapariciones

Mi geografía

Orígenes

Caigo

Fisura

París

Un árbol

Imaginerías

Decisiones

Lo que no he dicho

Antes de antes

Diez meses

Fisura

Flotación positiva

La otra mujer loca

La última vez (esta sí, la última)

Imaginerías

Descalza

Fractura

Finale

Agradezco

Sobre la autora

*Para todos los que ya no están conmigo.
Sobre todo para ustedes:
Armando.
Ramón.
Dulce.*

*Aquello que iba a jugar un gran rol
a lo largo de toda mi vida:
era la felicidad.*

JEAN D'ORMESSON

*Nuestras culpas contaminan
hasta el recuerdo del tiempo
en que no las habíamos cometido.*

M. YOURCENAR

La vida transcurre sin ensayos

*La casa cruja; el vaivén del piso
era una barca sobre el oleaje de las calles.*

MÓNICA LAVÍN

Tiembla. ¿Está temblando?, pregunto. Por única respuesta, el hombre mira fijamente la lámpara blanca que se balancea, colgada del techo, arriba de la cama. Sí, está temblando. No sabemos si vestirnos y bajar corriendo hacia el pequeño parque de enfrente o esperar a que los pisos de arriba nos arropen, asfixiándonos.

Nos levantamos y nos dirigimos hacia la estancia, sosteniéndonos de las paredes para no perder el equilibrio. Caminar en medio de un terremoto sin irse de lado no es sencillo.

La sirena sísmica sigue aullando, aunque apenas se escucha. Ambos tenemos experiencia en conservar la calma (él, por su profesión; yo, por mi estoicismo), así que decidimos no darle demasiada importancia. Observarlo todo desde la ventana: las personas angustiadas lloran, se abrazan, recordando los sismos que han destruido a esta ciudad ya varias veces, y no logran mantenerse tranquilas. Si no fuera porque mi hija salió del país hace apenas dos días, yo también estaría francamente preocupada.

Mientras nos llegan desde afuera algunos gritos agudos y desesperados, nosotros pensamos que los terremotos, así como la vida, deben tomarse con serenidad.

¿Nosotros? Ya somos personajes. Tiembla... y nos convertimos en ficción. En una ficción consciente de que para la vida no hay ensayos. Ni segundas oportunidades. A él no lo bautizaré, es innecesario. Yo me llamo Irene. Como Marcel se llamó Marcel a sí mismo. No se trata de recuperar el tiempo perdido —de eso se han encargado mejores escri-

tores—, sino de suplicarle a la memoria, y a la imaginación creadora, que me regale tramas y escenas. Se trata de rescatar la mayor cantidad de recuerdos posibles, antes de que este viejo edificio de la colonia Roma nos caiga encima.

Las estructuras crujen con rudeza, en un sonido que nos traspasa. La pared de la sala tiene una cuarteadura y el techo del comedor, una fisura. ¿Ya las tenían?, le pregunto. ¿Ya estaba tan inclinado?, sigo cuestionando, cuando es evidente que el nivel del suelo tiende hacia uno de los lados. Él niega con la cabeza y, enseguida, acepta. Se acerca y me abraza. Seguimos casi desnudos. Sin ponernos de acuerdo, al menos con palabras, nos dirigimos hacia la cama. ¿Cuánto tiempo tendremos antes de ser aplastados?

En cuanto me cubro con la sábana, me llega la casi certeza de que no he salido corriendo porque sigo sintiéndome responsable. Llevo un año cargando con esta culpa que en el día a día se queda escondida pero que, cada cierto tiempo, regresa con la fuerza de un tsunami. Para ahogarme, para atenazarme.

Hay omisiones que matan poco a poco. Si permanezco aquí, es posible que la muerte me encuentre a buena hora y pueda, entonces, dejar de sentirme responsable. La novela que comencé a escribir, en una suerte de expiación (confesión, tal vez), no verá la luz. Ya no quiero sufrir por esta culpa que apenas me permite respirar. ¿Pesará más un edificio sobre mi cuerpo... o una muerte sobre mi conciencia?

Memoria

*El tiempo toma todo; es tan ávido que solo podemos
avalar nuestra existencia por medio de recuerdos.
Me pregunto cuáles de los míos han sido reales.*

ADRIANA ABDÓ

Me sirvo un vaso con un hielo grande y redondo —una única piedra de agua sólida, casi transparente—, y mucho whisky escocés. El alcohol ayuda a relajarme y activa mis memorias. Les habla de tú, las convoca, juega con ellas, columpiándolas. A veces, también las engaña. Después del primer trago, probablemente el que más disfruto, busco explicaciones: La memoria es la «imagen o conjunto de imágenes o situaciones pasadas que quedan en la mente». «Es una facultad que permite retener hechos del pasado». También la definen como «la capacidad para almacenar, codificar y recuperar la información guardada». En realidad, las definiciones le quitan la magia y el alma al acto de recordar. Siempre pensamos que los seres humanos somos más allá de la materia que nos describe y de los impulsos eléctricos que nos conforman.

En alemán se dice *Erinnerung*, término que se traduce como rememoración. Una palabra muy bella, literaria. Cualquier escritor la utilizaría, feliz. Pero, y eso no queremos o sabemos reconocerlo, en realidad la memoria nos engaña y la ciencia lo explica. Sí: existen los recuerdos falsos. El cerebro rellena los vacíos de nuestra memoria con otros recuerdos, con conjeturas personales y con creencias preestablecidas, según explica un neuropsicólogo argentino. Con todo esto obtiene un resultado que satisface, más o menos, nuestras expectativas. Así, la memoria es bastante subjetiva. Recordar con precisión, como le juramos a la persona

con la que estamos discutiendo, es una quimera. ¡Cuántas parejas evitarían discusiones estériles si supieran esto!

Nuestra memoria, en realidad, recupera cada recuerdo cada vez que se lo pedimos, como si armara un rompecabezas. Y con el paso del tiempo, debe hacerlo sin todas las piezas necesarias pues algunas se pierden para siempre, a través de los años. O llegan pedazos que nunca estuvieron antes, que se suman al evento original como si hubieran pertenecido a él. ¿Qué fregados estoy haciendo en este recuerdo de 1998, si yo fui generada en el 83?, se quejaría alguna pieza.

Esto me demuestra que cada vez que contradigo a mi esposo al «comprobar» que él está equivocado y yo no, pues juro (así lo creo) que mis recuerdos son los verdaderos, estoy cometiendo una equivocación. Las imágenes que me (nos) llegan no necesariamente son de lo sucedido. Y la voluntad no tiene nada que ver. Entramos, aquí, al terreno de conexiones sinápticas, proteínas estabilizadoras y demás términos científicos.

Mi marido también es novelista y le encanta no solo contar por escrito: su capacidad verbal es impresionante. Narra anécdotas de una manera tan sabrosa, que hipnotiza a sus escuchas. Varias veces, en reuniones con amigos, platica pasajes de alguno de nuestros viajes recientes y, al escucharlo, pienso que tergiversa lo que realmente sucedió para hacerlo más interesante y atractivo. Pero cuando, ya en el automóvil rumbo a nuestra casa, le pregunto por qué inventó esto o lo otro, jura que él así lo recuerda. Ahora me queda claro de qué manera funciona (¿o desfunciona?) la memoria.

Los recuerdos, según encontré en alguna página en internet, se almacenan en forma temporal en el hipocampo y después se envían a la corteza prefrontal del cerebro. Cada información que nos llega se convierte en un estímulo eléctrico y químico. La esencia de la memoria es vulnerable a muchas interferencias; no es un fiel reflejo de lo que vivi-

mos. Todos, hasta los seres humanos más cuadrados y grises, se vuelven creativos (sin que lo sepan) cuando de su memoria se trata. Yo, que siempre confié en mi cerebro, ahora me entero de que me engaña cada vez que quiere o que no logra recuperar lo que intento evocar en un momento preciso. En cambio, la terrible cadena de errores y omisiones que cometí y quisiera olvidar, está tan metida en mis neuronas, que ya forma parte de ellas. ¿Por qué es tan difícil olvidar esa llamada que nunca hice y que me llena de culpa y, en cambio, recordar momentos placenteros se me dificulta?

La escritora de quien me robé el epígrafe de este capítulo también afirma, en una certera frase, que no hay «nada más falaz que la autobiografía: sin embargo, caminamos por la vereda que con ella trazamos». Por eso (y no me podrán reclamar) debo aclarar que lo que leen ahora se acerca más a la ficción que a un pasado cierto. Todavía más si lo que se evoca se hace pidiendo que el cerebro ponga a funcionar el mecanismo de la memoria en el breve espacio que transcurre entre el comienzo y el final de un terremoto. Es definitivo, en cualquier circunstancia podemos ser traicionados por nuestro cerebro. Abrir la memoria llega a producir, de hecho, un terremoto interno. Una fisura por la que surge nuestro yo más auténtico.

En la casa familiar de Echegaray, en el Estado de México, que jugó el rol de mi paraíso durante veintidós años, nos sentábamos frente a juegos de mesa los fines de semana. Mis favoritos eran Maratón y Memoria. ¿Recuerdan este último? Las piezas, con ilustraciones de algo (dos muñecas, dos maracas, por ejemplo), se ponían sobre la mesa con los dibujos hacia abajo. Los jugadores iban dándole vuelta a las cartas, de dos en dos. Tenían que recordar dónde habían visto cada cosa, hasta hacer pares. Quien más pares conseguía, ganaba.

La vida no se trata de hacer pares, pero sí tal vez de acumular recuerdos. De ser posible, un mayor porcentaje

de buenos momentos, tardes geniales de conversaciones y vino, caminatas en un pueblo nevado sintiendo el viento frío en las manos, travesuras en pareja, discutir sobre nuestros personajes (los de mi esposo y los míos) o sobre la verosimilitud de alguna escena. Aunque hay que dejar espacio para las evocaciones de pasajes tristes o de frustraciones a las que nos lleva la impotencia: ¿Por qué carajos no contesté sus llamadas? ¿Por qué no corrí a verlo?

También se trata de acoplarnos a un presente que constantemente llega y se va, llega y se va, en cuestión de nanosegundos. En dejar que nuestro cerebro (con un empujoncito de todo el sistema nervioso) capte los momentos esenciales de lo que sucede día a día, aquello que nos conmueve y nos estremece, para que los almacene en forma de circuitos complejos. Ahí quedarán hasta que necesitemos convocarlos a veces sin siquiera darnos cuenta, en alguna ensoñación irruptora, o a propósito: por ejemplo, cuando siento un terremoto y sigo abrazada por este hombre y sus sábanas. O cuando me estoy sirviendo un segundo whisky y dejo que el alcohol me guíe.